

7. Abril 75.

GALERÍA LITERARIA.—MURCIA Y MARTÍ, EDITORES.

LAS MARAVILLAS
DEL
NUEVO MUNDO

AVENTURAS DE UNA EXPEDICION CIENTÍFICA

por el Atlántico, las Pampas Argentinas,
los Andes, Chile, el Océano Pacífico,
las Tierras Australes, la Tierra del Fuego, la Patagonia,
el Paraguay y el Gran Chaco.—Cacerías y pescas
interesantes, carácter y costumbres
de los indígenas, etc., etc.

RELATADAS POR
ESTEBAN HERNANDEZ Y FERNANDEZ.

Entregas 17, á 24.

MADRID:

ADMINISTRACION DE LA GALERIA LITERARIA,
Colegiata, núm. 6.

1875.

L47
4174

GALLERÍA TERRETRAL.—MURCIA Y MARTÍN, EDITORES.

LAS MARAVILLAS

DEL

NUEVO MUNDO

AVENTURAS DE UNA EXPEDICIÓN CIENFUTICA

por el Atentico, las Tierras Arcadas,
los Andes, Chile, el Gran Pacifico,
las Tierras australes, la Tierra del Fuego, la Patagonia,
el Estrecho y el Gran Canal—Geografia y historia
interior, caracter y costumbres
de las indigenas, etc. etc.

RELATADAS POR

ESTEBAN HERNANDEZ Y FERNANDEZ.

Batallas 17, a 24.

MADRID

EN LA BIBLIOTECA DE LA GALLERÍA TERRETRAL.

1844.

247-4174

[Handwritten signature]

éste, comprendiendo que su auditorio se preparaba á oír, tomó aeto seguido la palabra, y sin abandonar su interesante operación, dijo:

—Muchas personas, poco versadas en las clasificaciones de la historia natural, dan impropiamente á estos animales el nombre general de cocodrilos. Esto es un error, pues existen el verdadero *cocodrilo*, de hocico largo, cabeza deprimida y anchos colmillos exteriores; el *bava*, que es mucho más pequeño, y por último, el *aligator*, llamado vulgarmente *caiman*, á cuyo género pertenece el que tengo entre las manos, y que, como veis, tiene el hocico más corto y más ancho. Muchos han creído que el cocodrilo solo vivía en los rios de Africa y Asia; pero esta creencia se ha desvanecido, pues hoy se sabe perfectamente que tambien en América vive esa especie de saurios. Existen diferentes opiniones acerca de la ferocidad de estos reptiles, completamente inofensivos segun unos, mientras que otros aseguran haber sido testigos de su homicida voracidad; esta diferencia se explica, sin embargo, teniendo en cuenta que el cocodrilo es más arrojado y más fuerte que el aligator ó caiman, y como frecuentemente se encuentran ambas especies en el mismo rio, si bien en bandas separadas, puede comprenderse que unos hayan presenciado ataques continuos, al paso que otros no hayan tenido ocasion de ser testigos de sus rapiñas. Lo cierto es que muchas personas son devoradas todos los años por estos reptiles; y si en unos rios las víctimas son más numerosas que en otros, esta desigualdad depende indudablemente de la diversidad de especies que los habiten. A pesar de la durísima coraza que los defiende, tanto el caiman co-

[Handwritten signature]

mo el cocodrilo son frecuentemente atacados y vencidos por las jaguares, los buitres, y cuando son jóvenes, también por una especie de tortuga llamada *tortuga feroz*: de unos y de otros escapa, sin embargo, arrojándose al río, pues si en tierra sus movimientos son tardos, pesados y difíciles, en el agua, por el contrario, despliega una gran agilidad y ligereza.

—Decidme una cosa,—exclamó Carmen;—¿cómo se las componen los buitres para atacar al caimán? No creo que, por duras y aceradas que sean sus garras y su pico, puedan hacer mella en la escamosa coraza que defiende á estos animales.

—Así es, en efecto,—contestó el doctor;—y los buitres, que saben esto por experiencia, no dirigen sus golpes mas que á una parte, no protegida por las escamas, esto es, á los ojos. Para conseguir su intento, se dejan caer rápidamente sobre el réptil y se posan sobre su espalda; pues el cocodrilo, que puede besar la punta de la cola, no puede alcanzar lo que tiene sobre su dorso; y estando á salvo de su cola ó de sus mandíbulas, nada hay que temer de él. Una vez colocado el buitre, con un par de picotadas deja ciego á su antagonista, le arranca los ojos, los devora, y luego hace lo mismo con otra parte del réptil, con el nacimiento de la cola, que según veis en éste, tampoco tiene escamas. Del jaguar se defiende con más facilidad; pero con mucha frecuencia las garras del felino consiguen también dejarle ciego, y entonces pronto les despedaza y le devora por su feroz enemigo. Muchos indios, al verse cogidos por uno de estos réptiles, se salvan de sus mandíbulas metiéndole dos dedos en los ojos, lo

que les obliga á soltar su presa, pues les asusta en extremo verse atacados de este modo; pero se comprende fácilmente que se necesita una gran presencia de ánimo y una serenidad poco comun para usar este procedimiento, sobre todo, al pensar que el cocodrilo no sólo destroza á su víctima con sus agudos dientes, sino que la arrastra al fondo del rio, donde no tarda en perder el conocimiento.

—Tengo entendido,—dijo Sir Ricardo,—que los indios comen con placer ciertas partes del caiman.

—En efecto: segun mis noticias, el nacimiento de la cola es un bocado regular, que tiene algun parecido con la carne de la anguila. Y puesto que podemos asegurarnos de ello, haremos que Tom....

—Me opongo, me opongo con todas mis fuerzas,—dijo Aurora, haciendo un gesto de desagrado.

—Descuidad, querida; no se os obligará á probar este plato indígena; pero permitid que Sir Ricardo y yo tengamos el placer de conocerlo. El marino nos acompañará, si gusta, y si no, Meli-Antú y Mingo nos ayudarán indudablemente á despachar nuestro plato.

Diciendo esto, el doctor, que habia ya desollado toda la cola del mónstruo, cortó un trozo de la parte más gruesa y lo puso en las manos de Tom.

La tarde concluyó, entretenidos los viajeros en agradable conversacion, y apenas se ocultó el sol, Tom sirvió la cena.

Los pedazos de cocodrilo, fritos en aceite de tortuga, no parecieron malos al doctor ni á Sir Ricardo, si bien encontraron su carne bastante fuerte y con un olorcillo

á almizcle no del todo agradable; los demás blancos no quisieron probarlo; pero en cambio, Tom y los dos indios comieron hasta que no quedó nada.

Quedó resuelto que al amanecer se emprenderia la marcha para buscar la vertiente oriental del portillo de Peuquenes, y poco despues de las diez los viajeros se entregaron al descanso.

—Tengo entendido,—dijo Sir Ricardo,—que los indios comen con placer ciertas partes del animal.

—En efecto: segun mis noticias, el nacimiento de la cola es un bocado regular, que tiene algun parecido con la carne de la aguililla. Y puesto que podemos asegurarnos de ello, haremos que Tom...

—Me opongo, me opongo con todas mis fuerzas,—dijo Anora, haciendo un gesto de desagrado.

—Desembarazad, querida; no se os obliga á probar este plato indigena; pero permitid que Sir Ricardo y yo tomemos el placer de conocerlo. El marino nos asegura que el plato es bueno, y si no, Mr. Anora y Miss Anora nos ayudarán indubitablemente á desaprobar nuestro plato.

Dicho esto, el doctor, que habia ya desollado toda la cola del montón, cortó un trozo de la parte más gruesa y lo puso en las manos de Tom.

La tarde concluyó, entreteniendo los viajeros en agradable conversacion, y apenas se cerró el sol, Tom sirvió la cena.

Los bocado de desollado, fritos en aceite de tortuga, no parecieron malos al doctor ni á Sir Ricardo, si bien encontraron en carne bastante fuerte y con un olorillo

—¡Adios, fuentes del Mendoza!—exclamó con acento melodramático el doctor antes de alejarse de aquel sitio;—¡será muy probable que el diablo me lleve antes que vuelva á veros; pero no importa: ahí queda, como testimonio de mi descubrimiento, un papelucho en una lata de conservas, que tal vez, dentro de veinte ó treinta si-

—¡Adios, fuentes del Mendoza!—exclamó con acento melodramático el doctor antes de alejarse de aquel sitio;—¡será muy probable que el diablo me lleve antes que vuelva á veros; pero no importa: ahí queda, como testimonio de mi descubrimiento, un papelucho en una lata de conservas, que tal vez, dentro de veinte ó treinta si-

—¡Adios, fuentes del Mendoza!—exclamó con acento melodramático el doctor antes de alejarse de aquel sitio;—¡será muy probable que el diablo me lleve antes que vuelva á veros; pero no importa: ahí queda, como testimonio de mi descubrimiento, un papelucho en una lata de conservas, que tal vez, dentro de veinte ó treinta si-

Cambio de decoracion.

Apenas el sol coloró con su dorada luz la cima de las montañas, los viajeros, despertados por el que estaba de centinela, salieron de la tienda desperezándose como gatos.

Tom calentó el almuerzo, que consistia en un exquisito salmí de chochas, muertas por el capitan, y apenas las jóvenes bajaron de su galera, lo sirvió bajo el fresco toldo de los árboles. Se tomó el café bien calentito; se encendieron los cigarros, y acto seguido se rompió la marcha.

—¡Adios, fuentes del Mendoza!—exclamó con acento melodramático el doctor antes de alejarse de aquel sitio;—¡será muy probable que el diablo me lleve antes que vuelva á veros; pero no importa: ahí queda, como testimonio de mi descubrimiento, un papelucho en una lata de conservas, que tal vez, dentro de veinte ó treinta si-

glos, pueden ser causa de que, averiguando su procedencia, se vuelva loco un anticuario del porvenir! ¡Fuentes del Mendoza, adios!

Tan extraña despedida arrancó una carcajada á cuantos la escucharon, y poco despues la caravana, siguiendo la márgen tortuosa del rio, perdió de vista el lugar de su nacimiento.

A las once llegaron los viajeros al sitio en que la corriente, separándose de la falda de la cordillera, se dirigia hácia el Este. El rio era muy poco profundo, y se pasó sin dificultad. No tardaron en encontrarse algunos ganados, lo que indicaba la proximidad de una toldería; y en efecto, á las tres la caravana se detuvo á la entrada de un estrecho valle, en cuyo fondo se veian algunas cabañas de ramas y bálago.

El doctor, Paco y Sir Ricardo se apearon, y acompañados por los dos guias se dirigieron á las chozas.

Allí vivian unas treinta familias de la raza pehuenche, que apacentaban grandes rebaños de carneros, vacas de leche, bueyes y caballos; iban de prado en prado, y merced á la exuberante fertilidad de aquella region, hallaban siempre la mesa servida para sus convidados de cuatro patas. El doctor los examinó concienzudamente, sin encontrar en ellos nada interesante bajo el punto de vista antropológico. Se entró en el negocio, que manifestó Meli-Antú en muy pocas palabras, y á cambio de cuatro aparejos para carga, los pehuenches recibieron algunas botellas de rom y un par de onzas de oro.

Los compradores volvieron en seguida con sus géneros al sitio donde los esperaban sus compañeros; deposi-

taron los aparejos en la galera de los equipajes, montaron á caballo y la caravana se alejó de aquel sitio.

Se quería llegar temprano á la vertiente del Peuquenes, á fin de tener tiempo para hacer los preparativos que requería la marcha por la cordillera, y las mulas, hostigadas incesantemente, caminaban con rapidez.

A las cinco, el doctor, que se habia adelantado un poco para reconocer el terreno, encontró una estrechísima cañada, estrujada entre dós cerros no muy altos, que continuaba despues ascendiendo hácia la cima de los montes: consultó su mapa, examinó la cordillera, y vió que se hallaba en la vertiente de Peuquenes: el volcan, situado en la falda opuesta, no se hallaba á la vista del jóven.

Se detuvo, pues, aguardando á sus compañeros, que no tardaron en reunirse á él.

—Hemos llegado,—dijo.

—¿Y es esto lo que, segun vos, tantas dificultades ofrece?—preguntó Paco, indicando con un ademán desdeñoso los cerros que se elevaban ante sus ojos.

—¡Calma, calma, señor marino!—replicó el doctor;—¡ya me lo direis cuando hayais subido! No toda la cordillera es como lo que teneis delante.

Las dos jóvenes descendieron de su vehículo, los ginetes echaron pié á tierra, y Sir Ricardo dijo:

—Ocupémonos del arreglo de nuestra expedición; y puesto que el doctor ha sido el encargado de redactar el programa, esperamos que exponga su pensamiento.

—Con mucho gusto,—contestó el sábio;—pero veo al pié de aquel cerro un magnífico bosquecillo que parece

convidarnos con su sombra, y creo que debemos aprovecharlo. Vamos allá, y acto seguido os manifestaré mi opinión.

Dirigiéronse, pues, al sitio indicado por el doctor, y despues de tenderse ó sentarse sobre la yerba, los jóvenes encendieron sus cigarros, y el doctor dijo:

—Como ayer os hice presente, es completamente imposible que las galeras atraviesen la cordillera por el punto que hemos elegido para atravesarla nosotros; no obstante, esa imposibilidad no alcanza á las mulas, que son animales muy á propósito para caminar por terrenos escabrosos, y creo, por consiguiente, que podremos llevar con nosotros cuatro de estos animales, cargados con nuestros equipajes, la tienda, un par de colchonetas, los víveres necesarios y una hornilla. Luego me ocuparé de separar estos objetos de los que queden en las galeras, á fin de que la carga se reparta de una manera conveniente.

—Muy bien; adelante,—dijo Aurora.

—La expedición se dividirá de esta manera,—continuó el doctor:—nosotros cinco, con Tom, Francisco y Meli-Antú, acompañados de las cuatro acémilas, subiremos la cordillera, penetrando por esta garganta, y Mingo, con los cuatro mozos, las galeras y nuestros caballos, irá á buscar más al Norte el paso de Uspallata para venir á encontrarnos en la falda opuesta de los Andes; ¿qué os parece?

—Muy bien,—contestaron los jóvenes.

—Pensé en un principio,—continuó el sábio,—que las galeras y el ganado volvieran desde aquí á Buenos-Aires, dirigiéndose por Mendoza y San Luis, haciéndonos nosotros con medios de transporte en la primera aldea que en-

contrásemos; pero he desechado este pensamiento, en razon á que el paso de Uspallata no ofrece dificultad ni peligro alguno, y que tal vez en el territorio chileno no pudiésemos encontrar las comodidades que esos vehículos ofrecen á nuestras compañeras. Es verdad que nuestra entrada en las ciudades, si entrásemos en esa guisa, seria un espectáculo algo ridículo; pero podemos dejar nuestro tren en alguna posada de las afueras, y de este modo evitaremos que los chilenos se rian de nosotros. Una vez en Valparaiso, pueden volver por el mismo camino, acompañados de los indios y siguiendo hasta Buenos-Aires el itinerario que antes he indicado, ó, si lo creéis mejor, nos deshacemos de todo, y en ese caso, los mozos se embarcarán con nosotros y visitarán tambien las tierras australes. Esto es lo que he pensado y que me parece más conveniente; ahora, aguardo vuestras observaciones.

—Por mi parte,—dijo Sir Ricardo,—ninguna tengo que hacer.

—Ni yo,—repuso Paco.

—Tampoco nosotras,—añadieron las jóvenes.

—¿Se aprueba, pues, mi proyecto?—preguntó el sábio.

—Por unanimidad.

—Que venga entonces Tom á recibir mis instrucciones.

Se llamó al cocinero, que acudió corriendo, y el doctor le preguntó:

—¿Qué tal estamos de víveres, amigo Tom?

—¡Oh! Muy bien, señor,—respondió el negro;—tenemos aun cuatro perniles, una buena cantidad de cecina, dos costales de galleta, grasa en abundancia...

—Basta, basta; no es necesario que hagas una enumeración detallada del contenido de tu despensa: veo que no nos faltan provisiones. ¿Y combustible?

—Tengo tambien más del que necesito.

—En ese caso, amigo Tom, separa los víveres y el carbón que creas necesarios para una marcha de ocho días por las cordilleras, y arréglalos de modo que puedan cargarse en las mulas sin padecer menoscabo.

—Muy bien, señor.

—Retírate y haz que vengan los indios.

El negro se marchó y poco despues Mingo y Meli-Antú se acercaron á los viajeros.

—¿Cuál de vosotros dos,—preguntó el doctor,—conoce más prácticamente esta parte de los Andes?

—Yo,—contestó Meli-Antú,

Mingo hizo con la cabeza una señal, indicando que reconocia la superioridad de su compañero.

—¿Has viajado acaso por aqui?

—Mucho.

—De modo que podrás guiarnos hasta el volcan, bajando despues al portillo de Peuquenes, en la otra parte de la sierra.

—Sí.

—Es terreno muy malo, ¿verdad?

—¡Oh! ¡malísimo! solo los guanacós pueden caminar por él.

—¿Y acaso no podrán las mulas?—preguntó el marino.

—Tal vez; pero buscaremos un sendero y pasarán.

—Perfectamente,—dijo el doctor;—quedas, pues, ele-

gido para acompañarnos en nuestra expedición por las montañas.

El indio sonrió á su manera, y el joven sábio, dirigiéndose á Mingo, continuó:

—En cuanto á tí, quedan á tu cuidado nuestras gale-
ras, nuestros caballos y los hombres que nos acompañan.
Subirás hácia el Norte para buscar el desfiladero de Us-
pallata, lo pasarás y vendrás á encontrarnos al otro lado
de la cordillera en esta misma latitud. ¿Estás enterado?

Mingo hizo una señal afirmativa.

—¿Cuántos dias tardarás en tu escursion?

—Cuatro.

—Será, pues, muy probable que llegues al punto de re-
union antes que nosotros: si es así, nos esperarás hasta
que lleguemos.

—Esperaré,—respondió lacónicamente el patagon.

Los dos indios volvieron la espalda, retirándose len-
tamente, y el sábio, volviéndose á las jóvenes viajeras, di-
jo sonriendo:

—Por lo que pueda interesaros, os advierto que allá ar-
riba hace un frio glacial; por consiguente, debeis ir pro-
vistas de buenos abrigos.

—¡Bah! No nos helaremos,—contestó Carmen.

—Vos antes que ninguno,—repuso el doctor.

La linda porteña hizo un gesticillo de duda, y des-
pues de un momento de conversacion, las dos jóvenes se
dedicaron á arreglar su equipaje para la ascension pro-
yectada.

... Del gran cofre que iba en la carreta de Tom salieron
magníficos abrigos de pieles, botas de campo, mantas de

Escocia y elegantes sombreros de abrigo, así como los indispensables guantes de piel de Suecia perfectamente forrados; y Carmen, indicando al doctor aquel magnífico ajuar, le dijo riendo de una manera encantadora:

—¿Os parece, doctor dificultades, que con estas ropas no podremos atravesar la region de las nieves perpétuas?

—¡Diablo!—exclamó el sábio,—¡veo que sois previsoras hasta dejarlo de sobra! ¡traeis ahí un guarda-ropa completo! ¡No esperaba, por cierto, que estuviérais tan prevenidas!

—Efecto natural de la opinion pícara que todos los hombres habeis formado de nuestro sexo,—replicó Aurora;—creéis que no pensamos en nada, que no prevemos los sucesos, que lo olvidamos todo; y cuando veis, como ahora, que somos más previsoras que vosotros, no se os ocurre más que sorprenderos, admiraros, y decir por fin, que no esperábais que estuviéramos tan prevenidas. ¡Ay, hombres, hombres! ¡siempre sereis orgullosos y egoistas!

—Sin entrar á discutir esa idea, por más que no encuentre muy justa la filípica que acabais de lanzar al sexo barbudo, me permitireis que os haga una pregunta: ¿no habreis caido vosotras en el pecado de egoismo que con tanta vehemencia censurais?

—No,—contestó la jóven.

—Sin embargo, nosotros no tenemos otro abrigo que nuestros ponchos...

—Lo cual quiere decir que los descuidados, olvidadizos, é imprevisores sois vosotros; vosotros, que nos acusais...

—Sí, todo eso es cierto; pero no veo aún la prueba que

os libre del dictado de *egoistas* que habeis dado á los hombres.

—¡La prueba!—exclamó Aurora inclinándose sobre el cofre,—¡la prueba! ¡ahí la teneis!

Y sacó una magnífica manta escocesa, que arrojó desdenosamente á los piés del doctor; luego sacó otras dos, y Paco y Sir Ricardo se apoderaron de ellas.

—¡Oh! ¡magnífico!—dijo Sir Ricardo.

—¡Con solo verla se quita el frio!—añadió el capitán.

—Eso os convencerá,—dijo gravemente Aurora,—de lo equivocado de vuestros juicios respecto á nosotras.

—Por mi parte,—contestó Paco,—nunca he pensado mal del bello sexo; por el contrario, siempre he creido que las mujeres son una gran cosa.

Tom puso fin á la polémica anunciando que la cena estaba dispuesta, y los expedicionarios se prepararon á dar fin de ella.

—Amigo Tom,—dijo el doctor al cocinero,—¿has aderezado alguna vez chuletas de vicuña?

—¡Oh! ¡señor doctor!—exclamó el negro humillado en su arte.

—¿Y solomillo de alpaca?

—No sé qué animales son esos, señor,—contestó el negro.

—¡Ah! ¡Son unos animales interesantísimos bajo todos conceptos! ¡bocados de príncipe, amigo Tom!

—Así será, señor; pero yo no conozco esos manjares.

—¿Y tampoco conocerás el *beefsteak* de llama?

—No, señor.

—¿Ni el *rosbeek* de guanaco?

El cocinero, humillado en sus habilidades culinarias, guardó silencio.

—Pues bien, Tom, te ofrezco que antes de salir de la cordillera habrás tenido el gusto de servirnos y de probar todos esos platos.

—Me alegraré infinito, señor doctor.

Y dicho esto, el cocinero recogió los restos de la pepitoria de pavos salvajes que había constituido la cena, sirviendo en seguida el café.

La velada se pasó agradablemente, y á las diez los expedicionarios se entregaron al descanso.

Amaneció el día siguiente, 29 de Octubre, y apenas los dorados rayos del sol iluminaron con sus resplandores los picos de la cordillera, los viajeros se pusieron en pie. Aurora y Carmen descendieron de su vehículo, ataviadas ya con su *traje de montaña*, como ellas decían, y recibieron sonriendo las felicitaciones de sus compañeros.

Las dos jóvenes habían cambiado sus holgados vestidos, propios para caminar por las abrasadas llanuras de las Pampas, por faldas cortas y chaquetitas ceñidas, á propósito para el frío; calzaban botas de piel bastante fuertes, llevaban sombreritos redondos de ala estrecha y se apoyaban en bastones de bambú. Además llevaban en el brazo sus abrigos de piel de cabra, de los cuales se apresuraron á desembarazarlas sus amantes.

—Aquí nos teneis,—dijo Carmen,—dispuestas á subir, no sólo al volcan de Pequenés, sino al Chimborazo, si necesario fuere. Ahora es cuando verdaderamente empezamos nuestro viaje, pues la travesía de las Pampas no puede considerarse sino como un paseo.

—Y un paseo, y no otra cosa, es lo que vamos á emprender,—repuso sonriendo Auróra.—En tanto que no atraviése las rocas de la tierra del Fuego y las soledades de Patagonia, no creeré que hemos hecho un verdadero viaje.

—¡Muy bien, queridas mías!—respondió el doctor;—sois las denodadas compañeras del viajero, y vuestra animación y vuestro valor son dignos de los mayores elogios.

—Sois muy galante, doctor,—dijo riendo Cármen.

—Y vos.... muy burlona,—cóntes tú el sábio.

El negro anunció en aquel momento que el almuerzo estaba servido, y los viajeros se sentaron sobre la yerba, en torno de un apetitoso salmorejo de codornices con jamon, que no tardó en desaparecer. Se tomó el café con leche, que se habia adquirido el dia anterior en la toldería, acompañándolo con algunas galletas, y una vez satisfechas las imperiosas exigencias del estómago, los expedicionarios se dispusieron á marchar.

Ya estaban las mulas cargadas con los víveres, las mantas, dos colchonetas para las jóvenes y otros objetos indispensables: Tom habia desmontado de su cocina ambulante una hornilla, que unió á un gran saco de carbon, por lo que pudiera acontecer, y á no habérselo impedido el doctor, hubiera llevado tambien un gran odre lleno de agua. El negro temia que este importante artículo escasease en las cordilleras, como habia escaseado en la llanura argentina, y solo desistió de su intento cuando el sábio le aseguró que en las montañas abundaban los manantiales y los arroyos.

Tambien las galeras estaban ya enganchadas, y Min-

go y sus compañeros prontos á montar á caballo. El doctor dió al patagon sus últimas instrucciones; Cármen le encargó que cuidara de su potra blanca, y á una señal del doctor, las galeras y los ginetes se pusieron en marcha.

—Ahora, nosotros,—dijo el capitán.

—Y echándose las carabinas á la espalda, Paco ofreció su brazo á Cármen y el doctor á Aurora, y precedidos del inglés y de Meli-Antú, y seguidos de Tom y del marinero, que cuidaban de las mulas, penetraron animosamente en la garganta de la cordillera.

El negro anunció en aquel momento que el almuerzo estaba servido, y los viajeros se sentaron sobre la yerba en torno de un apetitoso almuerzo de codornices con jamón, que pronto tardó en desaparecer. Se tomó el café con leche, que se había servido el día anterior en la taberna, acompañándolo con algunas galletas y una vez satisfechos esas las imperiosas exigencias del estómago, los expedicionarios se dispusieron á marchar.

Ya estaban las mulas cargadas con los viveres, las mantas, los colchoncillos para las jóvenes y otros objetos indispensables: Tom había desmontado de su cocina una paila de hierro, que usó á un gran saco de harina, por lo que pudiera acontecer, y á no haberse impedido el doctor, hubiese llevado también un gran odre lleno de agua. El negro temía que este importante artículo escasease en las cordilleras, como había escaseado en la última expedición, y solo desistió de su intento cuando el capitán le aseguró que en las montañas abundaban los manantiales y los ríos.

También las galeras estaban ya enarboladas y mir-

CAPÍTULO IV.

La cordillera.

La cordillera de los Andes, que atraviesa de Norte á Sur todo el continente americano, es, en nuestro concepto, por su extension y por su influencia, el sistema orográfico más importante del globo. Nace en las posesiones inglesas de la América septentrional, en el territorio de los esquimales, penetra en los Estados-Unidos, llega á Méjico y á Guatemala, y siguiendo por el estrecho istmo de Panamá, entra en la América del Sur para concluir en la aguda punta del cabo de Homos. Durante este largo tránsito recibe diferentes denominaciones, llamándose en la Nueva-Bretaña y en los Estados-Unidos, *montañas Pedregosas* y *sierra de Anahuac*; en Méjico *sierra Madre* y *sierra de Santa Águeda*; en la América central *sierra de Guatemala*, y finalmente, en la extensa península Sudamericana recibe el célebre título de *Andes*, á que se pospone generalmente el adjetivo de las diversas comarcas que atraviesa.

Nadie ignora la grande influencia que los climas ejercen en el carácter y en el progreso de los pueblos, y bajo este concepto, tienen los Andes una gran importancia para el hombre pensador y estudioso. En los desiertos del Africa central, continuamente abrasados por el ardentísimo sol de los trópicos, la civilizacion no puede penetrar; y en las comarcas tropicales de América, en Venezuela, en el Perú, en Bolívia, merced al benéfico influjo de las cordilleras, que dan á aquellas tierras una temperatura primaveral y benigna, el progreso ha penetrado fácilmente. Sin la influencia natural de aquellas elevadas montañas, generaciones enteras se hubieran gastado durante muchos siglos, sin poder conseguir que en la América ecuatorial viviesen las artes, el comercio, la industria y la agricultura, y las repúblicas del Pacífico serian hoy miserables pueblos salvajes, como lo son los de Sahara y la Nigricia, que, teniendo más antigüedad en la historia, permanecen, sin embargo, en un horrible quietismo, hijo indudablemente del ardoroso clima africano. Y así es que, sin que pueda tachárenos de atrevidos, no vacilaremos en asegurar que la civilizacion de las comarcas americanas, abiertas desde hace cuatro siglos al movimiento de la vida moderna, se debe tanto á la modificacion del clima por las montañas como al esfuerzo y á la inteligencia del hombre.

Además de la importancia moral que bajo este punto de vista tienen los Andes, la tienen tambien, y no escasa, con respecto á las ciencias naturales. Los numerosos volcanes que rugen en las cimas de sus altos cerros, los frecuentes terremotos ó *temblores* que alteran y modifican continua-

mente su constitucion, las nieves eternas que visten sus alturas con un blanco sudario, la vejetacion que crece en sus laderas y las interesantes especies de animales que habitan sus distintas zonas, han llamado grandemente la atencion de los naturalistas y han dado lugar á estudios llenos de interés en las más célebres academias.

Zamudio de la Cruz, Miers, Humbolt, el doctor Martin de Mousy, M. Alcides de Orbigny y otros célebres y sábios viajeros han visitado diferentes regiones de esta cordillera, estudiando su naturaleza, su composicion y sus caractéres distintivos, y haciendo de ellas descripciones más ó ménos detalladas, más ó ménos exactas, pero siempre llenas de interés y de atractivo.

Nuestro doctor, al sentar su planta en la estrecha cañada que, en union de sus compañeros, debia conducirle al corazon de la estrecha cordillera, repasaba en su memoria los nombres de los atrevidos aventureros que en pos de Pizarro, de Almagro y de Valdivia, unos por amor á la ciencia, otros arrastrados por la ambicion, visitaron y reconocieron aqueñas montañas, cuyos picos, ora inflamados por la erupcion volcánica, ora cubiertos de blanca nieve, parecen desafiar al cielo.

Nuestros viajeros marchaban despacio, tanto en atencion á la natural debilidad de las jóvenes como para poder contemplar y estudiar detenidamente los diversos detalles de la montaña. Al salir de la cañada encontraron un lago de poca consideracion, en cuyas aguas se bañaban algunos caimanes, y rodeando sus márgenes, empezaron á subir por un estrecho sendero que conducia á la cumbre de una colina bastante elevada. Efectuóse la as-

cension sin gran trabajo, y los expedicionarios pisaron entónces una gran pradera cubierta de gramíneas, en la cual se veían aún huellas de los rebaños indios. Marcharon por ella, dirigiéndose á buscar la falda de otro cerro que levantaba su sombría mole á una distancia de media legua; pero antes de alcanzarla se encontraron detenidos por un pantano que se prolongaba de Sur á Norte y en el cual era peligroso aventurarse.

Meli-Antú indicó con un gesto expresivo la última direccion, y los viajeros, siguiendo cuidadosamente sus pasos, marcharon por la orilla del pantano. De repente el indio dejó oír una exclamacion de alegre sorpresa, se inclinó, y el doctor vió que examinaba atentamente una huella impresa en el lodo.

Aproximáronse los cinco jóvenes y pudieron ver que aquella huella tenia una forma igual ó muy semejante á la del pié humano, si bien era algo más pequeña, como de un pié de niño.

—¡Bah!—dijo el capitan;—algun muchacho indio...

—No,—interrumpió el guia;—son las huellas del *hucumari*.

—¡Ah!—exclamó el doctor, que merced á este nombre habia comprendido que se trataba del oso de anteojos de los Andes.

—Y están muy frescas,—continuó el pehuenche;—no hace media hora que el animal ha pasado por aquí.

—¿Y qué clase de alimaña es esa, mi querido sábio?—preguntó Cármen.

—Es un oso, amiga mia; el *ursus ornatus* de los naturalistas, llamado vulgarmente *oso de anteojos*, á causa

de unos circulitos blancos que tiene alrededor de los ojos, y que ha recibido de los indios la denominacion de *hucumari*. Es un animal bastante interesante, y si no teneis inconveniente, podríamos darle caza.

—Por nuestra parte nada hay que lo impida,—dijo Aurora;—todo al contrario, será para nosotras un magnífico espectáculo la cacería del oso.

—Sigamos, pues, las huellas,—repuso el sábio,—y apretemos un poco el paso, á fin de encontrarle cuanto antes.

Meli-Antú se puso en marcha, siguiendo atentamente la pista del oso, y los viajeros marcharon en pos de él con toda la rapidez posible.

Esto no impedía, sin embargo, que se hablase, y como era natural, el oso fué el tema de la conversacion.

Cármén, que marchaba apoyada en el brazo de su amante, miraba con alguna curiosidad las huellas impresas en el lodo, y al fin dijo al capitán:

—No me extraña que hayais equivocado esas señales con las producidas por los piés de un muchacho, porque, en efecto, se parecen mucho: mirad qué bien marcados están el talon, y la planta y hasta los dedos.

—Ya lo veo,—respondió el capitán,—y confieso francamente que cuantas veces vuelva á encontrar huellas de oso otras tantas las confundiré con huellas humanas; no encuentro en ellas diferencia alguna.

—Y yo no sé,—repuso la linda niña,—en qué pueden parecerse los piés de un oso á los piés de un hombre: dos ó tres veces he visto osos vivos ó disecados, y sus patas me han parecido, más que otra cosa, postes cubiertos de pelo. ¿Sabeis vos acaso...

—¡Sobre los osos me preguntais!—exclamó sonriendo Paco;—si quereis que yo pueda deciros algo, preguntadme acerca de las ballenas, de los delfines, de los tiburones ó de otros habitantes del mar; pero no me preguntéis nada sobre los animales terrestres, porque soy en ese punto un ignorante completo. Afortunadamente, ahí está vuestro futuro cuñado...

—Doctor explicalo-todo,—dijo Carmen interrumpiendo al marino.

—¿Qué quereis, perlita de Buenos-Aires?—respondió el sábio.

—Que me digais por qué se parecen tanto las huellas de los osos á las de los piés humanos.

—Os lo diré, aunque no sea más que por merecer el nombre que acabais de darme. Todo consiste en que el oso, como los demás animales que pertenecen al órden de los *plantígrados*, apoya en el suelo para andar toda la planta del pié, al revés del caballo, el perro, el gato y otros animales, que realmente solo andan sobre la punta. Las huellas, sin embargo, no se parecen tanto como creeis, y un ojo algo ejercitado conoce en seguida la diferencia, pues el pié del hombre marca perfectamente los cinco circulitos de los dedos, y el del oso sólo imprime unas rayas con las uñas. Si quereis tomaros la molestia de comparar las huellas que vamos siguiendo con las de Meli-Antú, que va descalzo, notareis la diferencia que os indico.

—Es verdad,—dijo Paco, echando una rápida ojeada á las huellas;—de hoy más, no volveré á confundir las unas con las otras.

La conversacion habria continuado, si Meli-Antú, que instintivamente conocia que el oso no estaba lejos, no la hubiera hecho cesar con un ademan expresivo.

Los viajeros callaron, obedecieron á aquella indicacion, y contiuvieron su marcha en silencio.

CAPÍTULO V.

El oso de los Andes.

No tardaron en llegar al fin del pantano, y siempre guiados por las huellas del animal, penetraron en un estrecho barranco, que, á juzgar por los cantos rodados y las piedrecillas redondeadas que cubrían el suelo, no era otra cosa que el lecho de un torrente desecado. Por aquella cañada, en la estación de las lluvias, debían precipitarse las aguas con una violencia espantosa.

A una señal del indio, los viajeros se detuvieron, y Meli-Antú, poniendo su oído en el suelo, escuchó atentamente, pues si el oso, como creía, estaba cerca, debía oírse el ruido que sus pies produjeran al remover las piedras.

Nada oyó, sin embargo, lo que le causó alguna extrañeza, é incorporándose, dirigió á las dos laderas de la cañada una mirada investigadora.

Tampoco este exámen debió producir efecto, pues vol-

vió á inclinarse para reconocer la pista, y los viajeros le oyeron murmurar:

—La huella es muy fresca: no hace diez minutos que el hucumari ha pasado por aquí.

Pareció, no obstante, tomar una resolucion, é indicando á sus compañeros que le siguieran silenciosamente, adelantó por la cañada, reconociendo con su vista penetrante todas las desigualdades de las laderas.

Los tres cazadores y las animosas viajeras marcharon en pos del indio, y los dos criados con las mulas permanecieron en el mismo sitio, á fin de que las pisadas de estas no ahuyentaran la caza.

Nuestros expedicionarios caminaban sin causar el menor ruido; el indio se detenia frecuentemente, escuchando con suma atencion; pero, no sorprendiendo rumor alguno que le denunciase la proximidad del oso, volvia á continuar la marcha.

Así anduvieron unos doscientos pasos: los expedicionarios vieron entonces una gran roca, en uno de cuyos lados, á unos cuatro metros del suelo, se abria la oscura boca de una cueva, á que se llegaba por un estrechísimo y empinado sendero abierto en la misma peña; y el indio, despues de examinarla un momento, dijo:

—Ahí está el oso.

—¿En esa cueva?—preguntó el capitan señalando la negra abertura.

—Sí.

—¿Estás seguro?

—Meli-Antú está seguro de lo que dice,—contestó gravemente el indio.

—Y así se explica,—dijo Cármen,—por qué nuestro valiente guía no oyó el ruido de las pisadas del oso sobre las piedras del barranco: el animal pudo meterse en su nido antes de que nosotros llegásemos á la entrada de la garganta.

El indio hizo un movimiento que sirvió de aprobación á las palabras de la animosa jóven.

—Es preciso hacer salir al hucumari,—dijo el doctor,—pues dentro de la cueva es imposible matarle.

—Busquemos antes,—observó Sir Ricardo,—un sitio desde el cual nuestras compañeras puedan presenciar la caza sin correr ningun peligro; por más que el hucumari, segun tengo entendido, no sea un animal muy feroz, no debemos exponerlas á sus ataques.

El indio se volvió, y señalando la opuesta ladera de la cañada, dijo con su laconismo habitual:

—Allí.

Siguióse esta indicacion, y las dos jóvenes, ayudadas por sus amantes, se encaramaron ágilmente, trepando por las rocas, hasta la cima de la ladera, colocándose enfrente de la cueva del oso.

Despues que Aurora y Cármen estuvieron en seguridad, el doctor dijo:

—¿De qué medio nos valdremos para echar de su casa al hucumari? Es probable que, despues de haber llenado la tripa, se haya echado á dormir; no dejará la cueva hasta que el hambre le despierte, y entonces, si sospecha nuestra presencia, es fácil que resuelva quedarse en casa.

—Saldrá,—dijo el indio.

—¿Y cómo te vas á componer para hacerle salir?

—Ahumándole.

—¡Ah, diablo!—exclamó Paco;—es el mismo procedimiento que usan los montañeses de mi tierra para cazar las zorras: ahumemos el oso, y saldrá echando chispas.

Los cazadores recogieron en un momento una buena cantidad de yerba y zarzas secas é hicieron con ellas un haz, que Meli-Antú fué á colocar en la boca de la cueva: en seguida le prendió fuego y bajó á reunirse con sus amos en el fondo de la cañada.

No tardó en salir del haz de ramas y yerbas una columnita de humo, que fué adquiriendo intensidad, levantándose luego una viva llama: mucho humo se escapaba; pero por poco que entrase en la caverna era bastante para producir el efecto que nuestros amigos esperaban, y así fué que muy pronto pudieron oír algunos ruidos que denotaban que el oso habia despertado, y entre ellos algunos sordos gruñidos ahogados, como el estertor de un asmático.

—¡Atencion!—dijo el doctor.

Los tres jóvenes empuñaron sus carabinas, dispuestos á hacer fuego apenas el oso asomase el hocico, y el indio, por lo que pudiera suceder, sacó de la vaina su ancho y afilado machete.

Aurora y Cármen, de pié sobre el alto ribazo, no separaban sus ojos de la boca de la cueva.

De repente se oyó un terrible gruñido, volaron por el aire las yerbas encendidas, y entre aquel torbellino de llamas y humo apareció un gran cuerpo negro, que rápido como el rayo se precipitó por la roca.

Tres detonaciones resonaron á la vez, sucediendo á

ellas un gruñido del animal, que tanto expresaba el dolor como la cólera.

Nuestros cazadores habian tirado á la ventura, si así puede decirse, y sólo una de sus balas habia tocado á la fiera, causándola una ligera herida, que solo sirvió para llenarla de rábía.

De un salto atravesó la cañada, y ántes que los jóvenes pudieran verle entre la nube de humo que habian producido los disparos, el hucumari habia subido ágilmente hasta la mitad del ribazo en que se hallaban las viajeras, que lanzaron un grito de terror.

El hucumari, como la mayor parte de los animales no carnívoros, no es feroz por naturaleza, y sólo ataca al hombre cuando éste le acomete; pero en este caso despliega un valor y una rábía increíbles, y muchas veces cuesta al cazador gran trabajo hacerle sucumbir.

Cegado por el humo, el oso no habia visto á los jóvenes, que se hallaban más bajos que él; pero habia visto perfectamente á las viajeras en el borde de la ladera, y enfurecido por la herida, se lanzó á ellas, resuelto á vengarse.

El grito que éstas lanzaron al verse amenazadas llamó la atención de los cazadores, que no esperaban que el oso se dirigiera hácia aquel punto; pero ya el animal habia llegado á lo alto del ribazo y se levantaba sobre sus patas para lanzarse sobre las jóvenes. Huyeron éstas, exhalando gritos de terror, y corrieron con toda la velocidad posible por la suave pendiente de la colina; pero el oso se lanzó en pos de ellas, y si los cazadores no se apresuraban, no tardaria Aurora en ser víctima de la terrible fiera.

Ya la pobre jóven sentía á dos dedos de sus talones, digámoslo así, los resoplidos del hucumari, cuando la cabeza del marino apareció sobre el ribazo. Paco vió rápidamente el peligro que corría la hermana de su novia, y rápido como el rayo, se echó la carabina á la cara é hizo fuego.

Un rugido de dolor contestó á la detonacion, y pasado un momento, el capitan pudo ver á Aurora, jadeante y pálida, apoyándose en el hombro de su hermana, á pocos pasos del oso, que se retorcia en las convulsiones de la muerte.

La bala le habia herido en la espalda, rompiéndole el esternon y abrasándole los pulmones: la fiera exhaló pronto el último aliento, y los cazadores corrieron á Aurora, que aun no habia vuelto del susto.

No tardó, sin embargo, en recobrar su habitual serenidad, y sonriendo con dulzura, dijo:

—Confieso francamente que no me causaba mucho placer el estrecho abrazo que intentaba darme ese animal.

—Afortunadamente,—contestó Paco,—hemos castigado su audacia, y no creo que vuelva á atreverse á faltar al respeto que se debe al bello sexo.

—Y para castigarle más,—añadió el doctor,—le entregaremos en manos de Tom, que empleará en él con gran éxito sus habilidades culinarias.

—¿Acaso,—preguntó Carmen,—es comestible este animal?

—Un bocado de príncipe, querida; lo sé por experiencia propia. Hace algunos años, hallándome en Suiza tuve ocasion de comer carne de oso, y puedo aseguraros que

es esquisita. No creo que el oso de los Andes difiera en este importantísimo punto de su congénere de los Alpes.

Paco lanzó un vigoroso silbido, que era la señal para llamar á Tom y al marinero, y algunos minutos despues los pasos de las mulas resonaron en el barranco.

—Continuaremos nuestra marcha,—dijo el doctor,—hasta salir de la cañada, y allí haremos alto para satisfacer las necesidades de nuestros estómagos: es probable que este callejon nos conduzca á algun valle.

—Como querais,—dijo Aurora.

Tom, llamado por el doctor, cargó con el oso, y todos volvieron al barranco: el cadáver de la fiera fué depositado sobre una de las mulas, y la caravana continuó su camino durante media hora.

Al cabo de este tiempo desembocaron en una pradera circular, en cuyo torno se elevaban altos cerros, y desde allí el doctor pudo ver ya, si no precisamente el volcan de Peuquenes, al menos la columna de humo que se escapaba de su abierto cráter (1).

—Aquí descansaremos,—dijo;—y en tanto que Tom enciende fuego y prepara sus chismes, voy á quitar el gaban al oso, á fin de que nuestro cocinero pueda servir algunas buenas magras de sus jamones.

Y uniendo la práctica á la enunciacion del proyecto,

(1) Aunque en esta obra suponemos el volcan de Peuquenes en plena actividad, debemos consignar, en honor de la verdad, que está completamente apagado, y que, por nuestra parte, ignoramos que haya tenido ninguna erupcion desde la época del descubrimiento de América hasta nuestros dias.

el doctor cogió el cuerpo del oso, sacó su machete y empezó desollar al animal con toda la habilidad y lijereza del mas diestro carnicero.

El hucumari (*ursus ornatus* de los naturalistas) habita las comarcas su-americanas en union de otro oso llamado vulgarmente *oso negro*. Tiene el pelo negro como la tinta, á excepcion de una mancha blanca en el pecho y dos circulitos, blancos tambien, alrededor de los ojos. Ya hemos dicho que este adorno natural le ha valido la denominacion de *oso de anteojos* que se le da generalmente. Es algo más pequeño que el oso europeo; habita las mesetas secundarias de los Andes, y su alimentacion consiste en raices, tallos tiernos de los arbustos, semillas y frutos.

Una vez desollado el oso, el doctor recogió la piel, que queria conservar, y el cuerpo fué entregado á Tom. Pronto unas magníficas magras chillaron en la sarten del negro, y media hora despues, los viajeros, sentados en el suelo, saboreaban con delicia la delicada carne del hucumari.

CAPÍTULO VI.

Las mesetas secundarias.

Después de comer y de tomar el imprescindible café, los viajeros resolvieron descansar durante una hora, comprendiendo que la marcha de la mañana debía haber agotado las fuerzas de sus animosas compañeras.

—No tenemos prisa alguna,—dijo el doctor,—y debemos contemplar detenidamente todas las diversas zonas de la cordillera. Esta región es encantadora; un paisaje magnífico se presenta á nuestros ojos, y si me lo permitís voy á sacar algunas vistas.

—Calma, amigo mio,—repuso Cármen;—puesto que estais encargado de la parte científica de nuestro viaje, dejad que nosotras desempeñemos la parte artística....

—No hay inconveniente,—dijo el sábio;—y puesto que de una manera tan espontánea me ofrecéis vuestra ayuda, la acepto con mucho placer y pongo á vuestra disposición mi cartera y mis lapiceros.

—Es inútil que os molesteis,—respondió sonriendo Au-

rorra;—cuando salimos de Buenos-Aires comprendiamos perfectamente que, durante el viaje, habiamos de encontrar paisajes de belleza incomparable, dignos de ocupar nuestra atencion, y así es que traemos todo lo necesario para hacer algunos dibujos y acuarelas.

Y diciendo esto, Aurora hizo que Francisco aproximase una caja que iba en una de las mulas, la abrió y dejó ver á sus compañeros todos los útiles para dibujar y pintar á la aguada.

—Pues extraño,—dijo el doctor,—que en las tres semanas largas que llevamos de viaje no nos hayais dado á conocer vuestros talentos artísticos.

—No tenemos nosotras la culpa,—replicó Cármen,—si, preocupados con vuestras pescas y cacerías, con vuestros estudios antropológicos y etnológicos, no habeis parado mientes y os han pasado desapercibidas nuestras ocupaciones.

—Segun eso,—dijo Paco,—habeis ya pintado ó dibujado...

—Poca cosa,—contestó la niña;—algunas vistas del lago y de la toldería.

—Supongo que no tendreis inconveniente en que las veamos.

—¡Oh! No por cierto.

Y Aurora, abriendo una cartera, dejó ver á los jóvenes cuatro bellisimos países que representaban el lago Beberedo y la toldería de los pehuenches, tomados desde diversos puntos de vista.

—¡Oh! ¡Magníficos! ¡admirables!—dijo el inglés, que los miraba como verdadero inteligente.

—Por cierto que son muy bonitos,—añadió Paco.

—Recibid mi enhorabuena, señoras,—repuso el doctor dirigiéndose á las jóvenes;—sois unas verdaderas artistas, y confieso con franqueza que esta seccion estará por vosotras mucho mejor desempeñada que por mí.

Las dos jóvenes contestaron con una sonrisa á las galantes frases del doctor; luego tomó cada una su cartera y sus lápices y sentándose en el suelo, se dispusieron á dar principio á su obra.

—Me encargo de la montaña,—dijo Cármen.

—Entonces, corre á mi cargo la llanura,—contestó Aurora.

Y acto seguido comenzaron su trabajo.

Pronto se dejó ver en el dibujo de Cármen el atrevido contorno de las cumbres de la cordillera, destacándose sobre el límpido fondo del espacio, mientras que Aurora copiaba con una fidelidad admirable los elevados árboles de la falda, las estribaciones de las montañas y el tortuoso curso de un arroyuelo que llevaba sus aguas al Mendoza.

Las dos artistas dibujaban con gran seguridad y ligereza, y pronto pudo comprenderse toda la belleza y fidelidad de su obra.

Una hora bastó á nuestras amigas para reproducir en las blancas hojas de sus carteras todo el paisaje que se extendía ante sus ojos.

Sus compañeros las dirigieron algunos cumplidos, tan sinceros como merecidos; las jóvenes artistas volvieron sus útiles á la caja, que fué de nuevo colocada entre la carga de una mula y se continuó la marcha.

Después de atravesar el pequeño valle, la caravana comenzó á subir una cuesta bastante áspera, que debía conducirlos á la cima de una elevada montaña. La ascension fué bastante penosa, especialmente para las jóvenes, cuya animacion no disminuía, sin embargo; á las cinco aparecieron sobre la cresta de una roca las pintorescas ruinas de un fuerte levantado durante la guerra de la Independencia, y el doctor, indicándolas á sus compañeros, dijo:

—Hé allí un magnífico albergue para pasar la noche.

—Teneis razon,—contestó Paco;—pero si hemos de alcanzarlo antes que el sol se ponga, tenemos que darnos mucha prisa: para llegar á él hay que andar bastante, y noto que el camino va siendo á cada instante más áspero.

En efecto, los expedicionarios no habian subido más que la mitad de la cuesta, separándolos de las ruinas una distancia próximamente igual á la que habian recorrido aquella tarde. La roca que servia de pedestal al derruido fuerte se elevaba sobre un costado de la meseta de la montaña, y para llegar á ella era necesario subir por una senda áspera y pedregosa, cuyos guijarros, desprendidos por los cascos de las mulas, rodaban al pasar, formando ruidosas cascadas de piedras. El doctor comprendió que desde aquel punto el camino seria difícil y tal vez peligroso.

El sol se ocultó tras el horizonte antes que los viajeros pudiesen alcanzar aquel asilo que les deparaba la mano de la Providencia: afortunadamente, el brillo de las constelaciones australes volvía la noche casi luminosa, y

ayudados por la argentada claridad de las estrellas pudieron nuestros jóvenes llegar al término de su viaje.

Las ruinas del antiguo fuerte se componian de tres murallas derruidas y de un techo de bálago lleno de brechas y agujeros; el suelo estaba sembrado de escombros y pedruscos, y fué necesario que Francisco despejase de ellos un corto espacio para poder establecer el campamento.

Sin embargo, nuestros viajeros no tenian nada de descontentadizos, y aquel albergue, tal como era, les pareció un palacio.

Instaláronse, pues, entre sus derruidos paredones, y acto seguido se encendió una brillante hoguera, pues aunque la altura alcanzada no era mucha, se sentia ya algun fresco; se armó tambien la tienda, bajo la cual debian pasar la noche las dos jóvenes, y como el apetito se hacia sentir con reiteradas instancias, Tom dispuso rápidamente unas costillas del hucumari, á las que unió un par de perdices diestramente cazadas por Sir Ricardo.

Con placer vieron llegar los expedicionarios la hora de la cena, que despacharon con una prontitud que revelaba su apetito. Tomóse en seguida el café bien caliente, y las dos jóvenes, que se sentian cansadísimas, se retiraron á la tienda.

Sus compañeros permanecieron sentados alrededor de la hoguera en tanto fumaban un cigarro: luego cada cual eligió su rincon, y envueltos en sus mantas se entregaron al sueño.

La noche pasó sin otra novedad que oír de cuando en cuando, á largos intervalos iguales, la nota clara y metálica que lanza el ave llamada por los indios *pájaro del*

inca, y apenas el sol asomó sus ardientes rayos por el horizonte de Oriente, Paco abrió los ojos, se desperezó, estirándose como un cachorro, y se puso de pié: por madrugador que hubiera sido el jóven marino, otro lo habia sido, sin embargo, más que él, pues Meli-Antú se encontraba ya fuera de las ruinas, recorriendo con sus miradas investigadoras y penetrantes los cuatro puntos del horizonte.

Paco fué al borde de una fuentecilla que nacia en la misma roca, y tanto por aseo como para despabilarse por completo, se lavó perfectamente, bebiendo en seguida un buen trago de agua.

Poco á poco fué haciéndose de dia, y poco á poco tambien fueron los huéspedes de las ruinas abandonando sus lechos: las últimas que lo hicieron fueron las jóvenes, que por efecto del cansancio habian dormido más que de costumbre, y cuando ellas salieron de la tienda ya hacia algunos momentos que el sol mostraba por completo su roja faz sobre el límpido fondo azul del firmamento.

En tanto que Tom disponia el almuerzo, los viajeros se dedicaron á recorrer los alrededores de las ruinas, en los cuales se presentaba ya ese aspecto imponente y salvaje peculiar á las grandes cordilleras. El doctor comprendió que se encontraban en la region andina, propiamente dicha, y que no tardarian en alcanzar las mesetas secundarias, donde viven las vicuñas y los llamas.

La observacion barométrica indicó una altura de 6.000 piés: la vegetacion herbácea comenzaba, como se dice vulgarmente, á batirse en retirada, y el triunfo próximo del reino mineral sobre el vegetal no parecia ya dudoso. En

efecto, al través de la débil capa de tierra, se abrían pa-
so grandes masas de rocas balsálticas, y algunos rastros
de lava de color ferruginoso permitían reconocer la pro-
ximidad del volcan de Peuquenes.

El doctor estudió, con toda la atención que merecía
tan importante asunto, la historia geológica de aquellas
montañas, y al considerar sus cúpulas torcidas, sus pi-
cos sin aplomo, aquellos cerros mal sentados, aquellas
acumulaciones de rocas que se sostenían por un milagro
de equilibrio, comprendió fácilmente que los cataclismos
habrían de modificar con mucha frecuencia aquella re-
gion montañosa, para la cual no había sonado aún la ho-
ra de la estabilidad definitiva.

Nuestro sábio recogió algunos pedazos de roca y lava,
curiosos por su cristalización ó sus colores, y comenzaba
á distraerse con el estudio de la mineralogía cuando la
voz de Tom, que anunciaba el almuerzo, le hizo salir de
su abstraccion científica.

CAPITULO VII.

El condor.

A las ocho se dió la señal de marcha, y la caravana, abandonando las ruinas del fuerte, comenzó á bajar una pendiente de inclinacion peligrosa, pero de poca extension, que la condujo al fondo de un valle estrujado entre grandes moles de rocas.

Allí empezaron verdaderamente las dificultades: las laderas estaban cortadas casi á pico, y si bien los viajeros podian encaramarse por ellas, era completamente imposible que pudieran hacerlo las mulas. El doctor comenzaba á ponerse de mal humor, previendo las fatigas que las dos jóvenes tendrian que sufrir si era necesario abandonar los animales de carga, cuando Meli-Antú anunció que habia encontrado un sendero.

—¿Practicable para las bestias?—preguntó el sábio.

—Otras han pasado por él,—respondió el indio,—y estas tambien pasarán.

En efecto, el guía indicó en la escarpa de la izquierda un estrecho sendero abierto en la misma roca, y por él se aventuraron los expedicionarios: las dificultades del tránsito fueron considerables durante una hora; pero á esta altura la pendiente se hizo más suave y la caravana pudo caminar con más facilidad.

A las doce se llegó á una pequeña meseta situada cerca de la cima de la montaña: las jóvenes, sin embargo de su animacion, daban grandes señales de cansancio, y á propuesta del doctor, que lo conocia, se resolvió hacer un alto de dos horas.

Tom dispuso acto continuo la comida, y para postre la casualidad deparó al doctor una captura que le llenó de júbilo.

A cierta distancia del sitio en que se hallaban los viajeros habia el cadáver de un pequeño guanaco, casi en descomposicion, en el cual picoteaban algunos *catartos*, aves de rapiña que habitan en la cordillera.

De repente, estos buitres dejaron su presa, retirándose á una roca situada á cierta distancia, y poco despues una gran ave negra abatió su vuelo, parándose cerca del cadáver, que empezó á picotear con voracidad.

—¡Un condor!—exclamó el sábio;—¡daria una oreja por hacerme con él!

—Pues lo tendreis, aunque no deis nada,—contestó sonriendo Paco:—mi honra de cazador no quedaria satisfecha si, pasando por los Andes, no fuese una de estas magnificas aves víctima de mi escopeta.

Y diciendo esto, el jóven capitán cogió su arma, que tenia al lado sobre la yerba.

—Os advierto,—le dijo el doctor,—que si los gatos tienen siete vidas, los condores tienen, por lo menos, veintiocho.

—Pues no hay vitalidad que resista á un balazo en la cabeza,—respondió el marino echándose la escopeta á la cara.

Salió el tiro, y el condor, herido en la cabeza, cayó agitando las patas y aleteando durante un momento.

Pronto quedó inmóvil, y Francisco fué á recogerlo, trayéndoselo al doctor, que tenía ya su afilado cuchillo en la mano para proceder en seguida con el cadáver del condor á sus operaciones acostumbradas.

El condor es un ave que habita exclusivamente en los Andes, bajando algunas veces á las costas del Sur y á las llanuras de las Pampas: se le encuentra desde las sierras de Venezuela y de Colombia hasta las montañas de Patagonia; pero no se le ha visto nunca en las costas del Atlántico ni en las comarcas centrales.

Su magnitud es superior á la del águila europea y aun á la del buitre africano, que tiene tres piés de alto, y se han encontrado algunos que medían cuatro metros de envergadura. Cuando es jóven carece de plumas, y por espacio de algunos meses su cuerpo aparece cubierto de un bello muy fino blanco y rizado; á los dos años adquiere un plumaje oscuro, y más tarde lo tiene completamente negro. La cabeza y el cuello están completamente desprovistos de plumas y cubiertos de una piel dura y arrugada: tiene el pico recto en la base y sumamente arqueado en la punta, y su cráneo está adornado con una cresta cartilaginosa, muy delgada, de color rojizo, y sus-

ceptible de cierto movimiento. Sus piés son fuertes y las uñas rectas y embotadas, efecto de su costumbre de posarse en las rocas, y por esta causa está imposibilitado de atacar á ciertos cuadrúpedos y á otras aves y de arrebatarse corderos y cabritillos, como han supuesto algunos autores.

Este animal tiene una afición desmedida por la carne muerta, devorando todos los cadáveres que encuentra, á cuya tarea da principio por los ojos y la lengua, de que es muy goloso, pasando despues al ano para llegar más pronto á los intestinos. Cuando está repleto se posa flemáticamente sobre una roca escarpada, esconde la cabeza entre las alas, y en esta posición presenta un aire triste y socarron.

Para emprender sus correrías en busca de alimento espera á que el sol haya salido por completo: entonces agita dos ó tres veces las alas y se deja caer de la roca donde está posado, volando al principio con cierta pesadez é inseguridad. Pronto, sin embargo, se hace su vuelo potente y majestuoso, elevándose á grandes alturas, y no es raro verle cernerse á 20.000 piés del suelo, es decir, más allá de un límite que no puede traspasar el hombre. Desde allí, invisible á las vistas más perspicaces, pasea sus penetrantes miradas por las regiones terrestres, buscando una presa fácil para su alimento, y distingue los objetos más pequeños con un poder de vision que asombra á los naturalistas. Si percibe un cadáver ó un pequeño cuadrúpedo errante y aislado, se dirige á él describiendo grandes círculos en el aire y precipitándose al fin con la fuerza de los cuerpos inertes abandonados en el espa-

cio: si no encuentra lo que necesita, va á posarse sobre una roca, á cierta distancia de un rebaño de vicuñas ó vacas, y espera pacientemente que alguna se disponga á parir para saciarse en la placenta y apoderarse de la cria.

Cuando acaba de comer experimenta el condor una gran pesadez, que le impide volar, y conociendo esta circunstancia, los indios pastores de los Andes chilenos y peruanos eligen este momento para cazarle por medio del lazo, lo que consiguen con mucha frecuencia, sometién-dole luego á indecibles tormentos. Para escapar de esta persecucion el condor se vé obligado á vomitar una parte de lo que ha comido, lo que le aligera, permitiéndole levantar el vuelo, y los movimientos que para arrojar hace con el cuello y las patas han hecho creer á los indios, que lo aseguran con toda seriedad, que el condor se mete un dedo en el pico escarbando con la uña en la garganta para provocar el vómito.

El abad Molina, en su *Historia natural de Chile*, hace mencion de otro método usado tambien con bastante frecuencia para la caza del condor. Consiste este método en hacer en la tierra un agujero en el cual se mete el cazador provisto de su lazo, tapándose con la piel de un buey ó de otro animal cualquiera, fresca aún, dejando expuesto al sol el lado sangriento, como si estuviera puesta á secar. No tarda el condor en posarse sobre la piel, que empieza á desgarrar con su pico; pero entonces el cazador se levanta repentinamente, sujeta con el lazo una de las patas del animal, y dejando al condor levantar el vuelo, huye con la otra punta del lazo fuertemente asida: entonces se aproximan los que acompañan al astuto cazador y se apoderan

del ave, que, por regla general, sufre en sus manos tormentos mas horribles que los de un insecto en manos de un entomologista.

La hembra del condor no hace nido, sino que pone sus huevos sobre una roca, rodeándolos solamente de algunas hojas ó raices ó de un poco de paja: estos huevos son blancos y tienen de tres á cuatro pulgadas de longitud. La madre alimenta á sus hijuelos con carne descompuesta, y cuando ya pueden abandonar el nido, los enseña á volar, no abandonándolos sino cuando ya pueden vivir por sí mismos.

Uno de los viajeros más dignos de fé y que más han trabajado en pró del adelanto de las ciencias naturales, el célebre Humboldt, hace mencion de la asombrosa fuerza de vitalidad que posee el condor. Tratando de este asunto refiere que en Rio-Bamba, poblacion del Ecuador, donde permaneció algun tiempo, unos indios colgaron de un árbol, á presencia suya, un condor con un lazo corredizo al cuello, tirando luego fuertemente de sus patas hasta que le creyeron bien ahorcado. Despues de algunos minutos descolgaron el ave, le quitaron el lazo, y con gran sorpresa de cuantos lo vieron, el condor se levató y echó á andar, como si tal cosa hubiera sucedido. Se le disparó un tiro, cuyo proyectil le dió en un muslo y el fémur rechazó la bala, que fué recogida y guardada por uno de los circunstantes. Aquel animal no murió sino despues de haberle dado *nueve balazos*.

En el Perú hay muchos indios dedicados á la caza de estas aves, no solo porque sus plumas son bastante apreciadas para ciertos usos, vendiéndose regularmente, sino

tambien porque su cabeza está puesta á precio como la de un bandido, en razon á los daños que sus rapiñas causan en los ganados, pues como hemos dicho, devora los llamas, alpacas y corderos de cria, lo que produce grandes perjuicios á los propietarios de rebaños.

El doctor concluyó sus noticias sobre el condor diciendo á sus compañeros que esta interesante ave ha sido en otro tiempo objeto de culto entre las tribus indias del Perú; y por su parte, Meli-Antú dió tambien algunos detalles, cuyo conocimiento habia adquirido en su práctica de campo, y que formaban, como dijo ingeniosamente Carmen, la parte popular de la historia natural.

Guardada la piel del condor y dispuestos los viajeros, se continuó la marcha, caminando animosamente toda la tarde y aun despues de ponerse el sol; el doctor pudo ver algunos guanacos, que huyeron con una rapidez maravillosa al distinguir la caravana, y á las ocho de la noche los viajeros alcanzaron la cima de la montaña, hallando refugio en un miserable rancho abandonado, construido por los pastores indios.

El doctor consultó su barómetro, que acusaba una elevacion de 8.600 piés sobre el nivel del mar. Hallábanse, pues, en las mesetas secundarias, habitadas por los llamas y los guanacos, y el capitan prometió que, por difíciles de matar que fuesen aquellos animales, al dia siguiente se presentarian en la mesa las chuletas de uno de ellos.

No tardó Tom en alumbrar la desvencijada choza que albergaba á nuestros amigos con una buena fogata, á

cuyo calor se sentaron todos, pues á aquella altura el frio era bastante intenso.

En seguida, y mientras Francisco preparaba en el rincon más abrigado de la cabaña el ambulante lecho de las viajeras, Tom condimentó hábilmente unas magras de jamon con raices de acederas, que Meli-Antú habia recogido durante la marcha, y este nuevo plato fué agradablemente recibido. Tom sirvió el café hirviendo, pues así era necesario para contrarestar victoriosamente lo crudo de la temperatura, y concluida la cena, el doctor anunció una proposicion.

—Presentadla,—dijo Carmen.

—Héla aquí: se reduce á que pasemos el dia de mañana en estos sitios, que son interesantísimos por varios conceptos y deben ser estudiados con escrupulosidad, así como los animales que los pueblan. Por otra parte, dos dias seguidos de marcha por montañas reclaman algunas horas de descanso, y además, como precisamente lo que nos falta de nuestra ascension hasta la cumbre de la cordillera es lo más penoso y arriesgado de nuestro itinerario, debemos contar con todas nuestras fuerzas á fin de llegar á las cimas superiores en un solo dia de marcha. Por todas estas razones espero que mi proposicion será aprobada.

Un sí unánime acogió las palabras del doctor; y despues de haber reanimado el fuego, añadiendo nuevo combustible, las dos jóvenes ocuparon su lecho, y los viajeros, envueltos en sus mantas, se tendieron en torno de la hoguera.

CAPÍTULO VIII.

Buena caza.

Habiendo resuelto dedicar al descanso todo el día siguiente, los viajeros se durmieron haciendo mentalmente el propósito de consagrar al sueño un par de horas más que las acostumbradas: este propósito fué cumplido fielmente, con especialidad por las jóvenes, y cuando los viajeros salieron de su rústico albergue, ya hacia algún tiempo que el sol lucía en el cielo.

Meli-Antú, que había sido el único que siguiera su costumbre de levantarse con el sol, sorprendió agradablemente al doctor entregándole vivo un lindo animal, del género de los roedores, del tamaño de un conejo y bastante parecido á este.

—¡Qué animalito tan mono!—exclamó Carmen acariciando su magnífica piel.

—Es una *chinchilla*,—contestó el naturalista;—uno de los animales más interesantes de esta region, no solo

por su carácter apacible y tímido, sino también por su bellísima piel, cuya hermosura le hace objeto de una tenaz persecución, pues es muy apreciada por la finura de su pelo.

—Parece un conejo,—dijo Aurora.

—A primera vista, sí, pues también hay conejos grises y manchados de blanco como la chinchilla; pero no pueden dejar de notarse algunas diferencias importantes. El conejo tiene las orejas mucho más largas que este animalito, y por el contrario, la chinchilla tiene la cola más larga que el conejo. Además, la extensión de sus extremidades posteriores da á la chinchilla cierta semejanza con el gerbo ó el kanguro.

Cármén, que era muy amiga de los animales, puso la chinchilla sobre su falda, á pesar de un ligero arañazo que sufrió, y acariciándola, exclamó:

—¡Qué mansita es!

—En efecto,—contestó el sábio,—es de un carácter sumamente apacible, y eso me hace pensar que tal vez sería muy fácil hacer de la chinchilla un animal doméstico, como el conejo. Si llego á establecerme en América...

—Os estableceréis sin duda alguna,—interrumpió Cármén sonriendo y dirigiendo á su hermana una mirada significativa.

El doctor comprendió á la jóven, y sonriendo á su vez, continuó:

—Si llego á establecerme en América, intentaré la aclimatación de estos animalitos, peculiares de las montañas, en el territorio argentino, probando reducirlos á la domesticidad, y tal vez pueda conseguir que se repro-

duzcan en mayor número, lo que daría más movimiento y facilidad al comercio de sus pieles.

—¿Y creéis conseguir vuestro intento?—preguntó Paco.

—Me figuro que sí: la chinchilla tiene una gran semejanza, tanto en su organización como en sus costumbres, con el conejo, y puesto que de este se ha hecho un animal doméstico, no veo que se opongan grandes dificultades para hacer lo mismo con aquella. Ahora, si no teneis inconveniente, puede Tom hacer conocimiento con ese lindo animalito...

—¡Ay!—dijo Carmen;—no, doctor; dejadla vivir...

—¿Y para qué?—repuso el doctor;—es inútil que penseis en llevarla con vos, porque no podreis alimentarla y se os morirá en el camino ó se os escapará.

—En ese caso, más vale que se escape ahora; y antes que entregarla á Tom, prefiero soltarla.

—Hacedlo, pues,—dijo el doctor.

No esperó Carmen á que se lo dijeran dos veces: puso en el suelo el animalillo, le dió un papirotazo en las orejas, y la chinchilla, viéndose en libertad, dió un par de saltos, escabulléndose por el primer agujero que encontró á mano.

El doctor sonrió y no pudo menos de decir:

—¡Qué rarezas teneis!

Carmen alzó su linda cabeza, y contestando al sábio, exclamó:

—¿Qué bien os produciría la muerte de ese animalito? Creedme, doctor; seamos buenos mientras podamos: la bondad es una fuerza.

El sábio jóven inclinó la frente y no replicó: acaso le hacian meditar las últimas palabras de la linda porteña.

El almuerzo vino á sacarle de sus reflexiones, y nuestro sábio, dando al olvido la delicada reconvencion que Cármen acababa de dirigirle, recordó á Paco, en tanto que almorzaban, la promesa que habia hecho la noche anterior.

—Perded todo cuidado,—contestó sonriendo el marino;—hoy comereis chuletas de guanaco ó solomillo de vicuña, ó yo dejaré de ser Paco. Lo único que temo es no encontrar algunos de esos animales.

Y diciendo esto, el marino interrogó con la mirada á Meli-Antú, que hizo un signo afirmativo.

—¿Dices que los hallaremos?—exclamó el jóven.

—Sí,—respondió lacónicamente el indio.

—¿Acaso los has visto ya?

El pehuenche sonrió á su manera, y alzando su brazo señaló una pequeña eminencia de la misma montaña, sobre la cual, así como en sus pendientes, vieron los jóvenes tres grupos de animales, cuya especie no podian reconocer en razon á la distancia.

Desde aquel momento las mandibulas se movieron más aprisa, se tomó rápidamente el café, y un cuarto de hora despues, los tres jóvenes con sus carabinas y Meli-Antú con sus bolas estaban dispuestos á emprender la caza.

Las dos viajeras no intentaron acompañarlos, pues comprendian que en aquella ocasion su presencia solo podia servirles de estorbo; y como desde la elevada meseta en que se hallaban podian ser testigos de la caza, se sen-

taron sobre una roca, armadas con los anteojos del doctor, esperando que los cazadores se aproximásen á los animales.

Eran estos, según pudo ver Aurora, gracias al anteojo del sabio, de las cuatro especies de ruminantes originarios de los Andes que pueblan sus mesetas secundarias: habia, pues, algunos llamas, media docena de guanacos, un corto número de alpacas, y más lejos un rebaño de vicuñas, que es uno de los animales más hermosos de la creación.

Los cazadores se dirigieron rápidamente al sitio donde se hallaban los animales, y al llegar á cierta distancia se separaron, á fin de rodear la meseta, apostándose en cuatro puntos opuestos.

El doctor marchó por la derecha, Paco por la izquierda, Sir Ricardo quedó en el sitio en que se hallaba, y Meli-Antú fué á colocarse en la otra parte de la cima, cerca del rebaño de vicuñas.

Los primeros que se apercibieron de la aproximación de los cazadores fueron los guanacos, merced á una ligera brisa del Norte que les llevaba las emanaciones del doctor.

Aquellos tímidos animales levantaron la cabeza, presentando las narices al viento: el que parecia jefe del grupo dió una patada en el suelo, y acto continuo salieron á escape, dirigiéndose hácia donde se hallaba el capitán: los llamas, los alpacas y el rebaño de vicuñas los siguieron, y pronto el marino los tuvo á tiro.

Levantó su arma, escogió su víctima, hizo fuego, y uno de los llamas rodó por el suelo. El rebaño entero vol-

vió grupas rápidamente; pero en medio de su carrera sonó el estampido de la carabina de Sir Ricardo, y un alpaca de largas lanas, despues de dar algunos pasos, cayó para no volverse á levantar. Variaron entonces de direccion los perseguidos animales, y sin que el doctor tuviese tiempo de hacer fuego, se dirigieron con una velocidad maravillosa hácia donde se hallaba el indio.

Meli-Antú los vió acercarse y preparó sus terribles bolas. Una vicuña bellisima, elegante y altiva, corria á la cabeza del rebaño; el indio se fijó en ella, y cuando estuvo á una distancia conveniente hizo girar las bolas sobre su cabeza, las arrojó, y el hermoso animal rodó por tierra con las bolas enredadas en las piernas. Sus compañeras no se detuvieron, y saltando por cima de ella, se precipitaron por la pendiente, perdiéndose pronto en las desigualdades del valle.

Los cazadores recogieron los dos animales muertos, y Meli-Antú, desenredando las bolas de las piernas de la vicuña, la hizo con su lazo una especie de cabezada, y no sin alguna resistencia, la obligó á caminar detrás de sí.

—¡Me he lucido!—exclamó el doctor apenas estuvieron reunidos;—Aurora y Cármen se van á burlar de mí, y con razon.

—¡Bah!—contestó el marino;—de lo que menos se ocuparán ellas es de los animales muertos: esta hermosa vicuña será el objeto de todos sus cuidados y de todos sus afanes. El amigo Meli-Antú ha sido, sin disputa, el héroe de la jornada.

El indio sonrió, enseñando sus blancos dientes, y dando á Paco la punta de la correa con que sujetaba su pri-

sionera, cogió el cadáver del llama, y á pesar de que pesaba bastante, se lo echó al hombro. Sir Ricardo hizo lo propio con el alpaca, y los cuatro cazadores se dirijieron con sus víctimas al sitio en que los esperaban sus compañeras.

Estas, por medio del catalejo del doctor, habían presenciado sin perder un detalle todas las peripecias de la cacería, y les salieron al encuentro.

Inútil es que describamos la alegría y el contento de las jóvenes cuando vieron la vicuña viva. Especialmente Carmen la llenó de caricias, y concluyó por preguntar al doctor si se podría llevarla á Buenos-Aires.

—No veo inconveniente,—contestó el sábio;—por más que estos interesantes animales, como todos lo que viven en las alturas, se resienten del calor de las tierras bajas, si se tiene con ellos ciertos cuidados, bien podrían vivir en la llanura argentina. Afortunadamente el clima, si bien no es frío, no es tampoco muy caloroso, y creo que podrá acostumbrarse á él.

Carmen, satisfecha con estas palabras del sábio, continuaba acariciando á la vicuña, que, algo esquiva en un principio, concluyó por demostrar su reconocimiento, restregando su hocico en las ropas de la amable joven.

—Es necesario,—dijo Paco,—que la pongais un nombre.

—Teneis razon,—contestó la niña,—¿cómo quieres que se la llame, Aurora?

—Como tú quieras,—respondió la viajera.

—Entónces la llamaré *Andina*, y de este modo su nombre revelará su origen; ¿qué os parece, doctor?

—Perfectamente, querida; sois tan ingeniosa como buena.

—¡Bah! ¿Hemos llegado al capítulo de las lisonjas? Pues saltadle, doctor, porque la adulacion me fastidia hasta dejarlo de sobra; y para que olvideis esa mala costumbre, os advierto que á mi hermana le sucede lo mismo.

El doctor no contestó, contentándose con sonreír.

Algunos momentos despues llegaron á su campamento; Meli-Antú y Sir Ricardo echaron al suelo sus cargas, de que se apoderó Tom acto continuó, y luego el indio trabó convenientemente la vicuña, á fin de que, aunque se la dejase suelta, no pudiera escaparse.

—Amigo Tom,—dijo el doctor al cocinero, que habia empezado á degollar el llama,—empiezo á cumplirte mi promesa; hoy podrás servirnos chuletas de alpaca y solomillo de llama.

—Así lo espero, señor doctor,—contestó el negro:—observo que la carne de este animal es muy tierna y bastante jugosa, que son las cualidades necesarias para que se pueda guisar bien, y no dudo que con ella podré hacer un plato apetitoso.

Pronto estuvieron desollados los dos animales, cuyas pieles guardó el doctor, aumentando con ellas su coleccion; luego Tom y Francisco los descuartizaron con tanta habilidad como el mejor carnicero, y escogiendo aquel los mejores trozos, se entregó á sus operaciones culinarias.

CAPÍTULO IX.

Los animales de la cordillera.

En tanto, el doctor daba á sus compañeros algunas noticias acerca de aquellas cuatro interesantes especies de animales.

Tal vez no haya en toda la América del Sur un animal más digno de atención para los europeos que el llama, acerca del cual cuentan los viajeros españoles muchas historias, nó siempre dignas de crédito, y que era antes de la conquista el único animal de carga conocido de los indígenas.

La alzada del llama no escede de un metro veinticinco centímetros, si bien parece mayor á causa del largo cuello del animal, siempre levantado con altivez y arrogancia. Su cabeza es de forma elegante, bien cortada y algo parecida á la del antilope, y la mirada que se escapa de sus ojos es tan dulce y expresiva como la de la gacela. La lana de este animal es larga y áspera, si bien la

de las hembras es algo más fina: su color, en el estado de la naturaleza, es pardo leonado; pero la domesticidad ha introducido algunas variedades en su traje, y hoy se encuentran llamas negros, manchados, y también, aunque son más raros, blancos.

El llama, como hemos indicado, ha servido desde un tiempo bastante remoto, y sirve aún en la actualidad, como animal de carga; se los emplea en trasportar el mineral de las altas minas de las montañas del Perú y Bolivia, pues la seguridad de sus pasos les hace preferibles al asno y al mulo, que no podrían caminar con tanta facilidad por las ásperas pendientes y los escabrosos senderos que recorren los llamas. También algunas veces se les conduce á la costa para cargarles de sal y otros artículos; pero mueren muchos en estas expediciones, á causa del calor, pues viniendo de las frias cumbres de los Andes, no pueden vivir en la elevada temperatura de las tierras bajas.

Solo los machos son destinados al trabajo, empezando á servir á los cuatro años; llevan la carga por medio de una albarda llamada *yergua* y pueden trasportar un peso que varía de cuatro á seis arrobas, negándose resueltamente á dar un paso si se les carga con exceso. Del mismo modo, nada puede obligarles á continuar caminando despues de lo que consideran como una tarea suficiente, y ni los golpes ni las caricias consiguen decidirles á hacer un esfuerzo que sin duda creen inútil. Si se insiste violentamente ó se los atormenta, demuestran su indignacion escupiendo coléricos á la cara de su conductor, y la saliva que arrojan de este modo es tan acre, que

produce vejigas en la piel que toca. Se ha visto llamas, furiosos á consecuencia de los malos tratamientos con que se los abrumaba, romperse la cabeza contra una roca.

Una récua de llamas en viaje presenta un espectáculo muy singular. El mayor marcha adelante á manera de guia, y los demás le siguen en fila á paso lento y mesurado. Para recibir la carga se echan sobre el pecho, de la misma manera que los camellos, y para dormir se colocan en la misma actitud. En reposo dejan oír un rumor extraño, que se ha comparado al sonido de las arpas eóleas: nó comen durante la noche, que pasan rumiando continuamente, y aunque no andan mucho, pueden llevar á cabo largos viajes, dándoles un día de descanso á la semana. Cuando por una causa cualquiera se apodera de ellos el espanto, se dispersan en todas direcciones, y entónces sus conductores se ven y se desean, como suele decirse, para reunirlos y restablecer el órden. Lo mismo que los camellos árabes, con los cuales tienen grandes analogias, pueden estar mucho tiempo sin beber, y Buffon cita uno que estuvo año y medio sin probar el agua. Sin embargo del respeto que nos merece el gran naturalista, por nuestra parte creemos que diez y ocho meses.... son mucho tiempo, aun tratándose de un llama.

En los primeros tiempos de la colonizacion de las comarcas cercanas á los Andes valia un llama de 300 á 400 reales; pero con la introduccion de mulas y otras bestias de carga, su precio ha bajado tanto que actualmente se venden á cinco duros en las cercanías de las minas, y aún pueden obtenerse por dos ó dos y medio comprándolos á los pastores indios de los Andes. Su carne, de muy

buena calidad, ha servido de alimento á los indígenas, que hacian de ella gran consumo; en la actualidad, aunque todavía se come, se prefiere la del carnero, que es más sabrosa y nutritiva.

El guanaco es tan parecido al llama, á pesar de ser algo mayor, que muchos viajeros lo han confundido con el llama salvaje. Diferenciase, sin embargo, del llama, en su carácter arisco; y si bien puede domesticarse y prestar algunos servicios, para conseguirlo son necesarios muchos cuidados y trabajos. Su color es de un pardo rojizo por el cuerpo, y de un blanco sucio por el abdómen, con los labios blancos y la cara cenicienta, y tiene la lana más corta que la del llama y de igual longitud en todas las partes de su cuerpo.

Este animal habita en las altas cumbres de la cordillera, alcanzando la region de las nieves perpétuas; vive en rebaños de seis ó siete individuos, es muy asustadizo, y al menor indicio de peligro huye á esconderse en parajes inaccesibles.

De todos estos ruminantes el alpaca es, sin disputa, el que más se asemeja al carnero comun, del cual tiene hasta la terquedad y la estupidez. Es un animal doméstico, y aunque no presta ningun servicio, se le cria para esquilarse y aprovechar su lana, que es muy fina y sedosa y tiene cerca de un pié de longitud: esta lana es un importante artículo de comercio y se hacen con ella telas muy hermosas.

La vicuña es, sin duda alguna, el más hermoso y el más interesante de las cuatro especies de animales que viven en las mesetas andinas. Se parece, por sus formas

elegantes y esbeltas, al corzo y al antilope; su cabeza, pequeña y sumamente graciosa, está llena de expresion y de altivez, y su lana, de color de naranja por el cuerpo y blanca como la nieve en el vientre, es mucho más fina y sedosa que la del alpaca. Con ella se hacen elegantísimos abrigos para las señoras, que se venden á altos precios y son muy buscados por las damas peruanas.

Este hermoso animal habita las mesetas secundarias de los Andes, sin aventurarse jamás por los elevados y escabrosos picos en que vive el guanaco: sus pezuñas están destinadas más bien á pisar el suelo herbáceo de las llanuras que á agarrarse por las pedregosas y escarpadas pendientes de las altas montañas. Vive en rebaños de 15 á 20 individuos, generalmente todos hembras, bajo la direccion y cuidado de un macho poligamo, que vela por su seguridad mientras pacen sus esposas. A la menor aparicion del peligro, el macho dá una patada en tierra y lanza un agudo silbido, á fin de advertir á sus compañeras, que se reunen en seguida, alargan la cabeza olfateando el viento y emprenden la fuga, muy lentamente al principio y despues con una rapidez maravillosa, mientras el macho se queda á retaguardia, deteniéndose á veces para cubrir la retirada.

Como la vicuña tiene una excelente carne y su lana es, como hemos dicho, de gran valor, este pobre animal es objeto de una caza continua, ya individual, ya colectiva, por parte de los indios de los Andes.

Hay muchas maneras de cazar las vicuñas. A veces un cazador, cuando encuentra un rebaño de que necesita apoderarse, se disfraza con una piel de este animal, de lla-

ma ó de guanaco, y armado con su lazo ó con sus bolas, se acerca á la banda, á favor de su disfraz. No consigue nunca aproximarse mucho, pues la desconfianza natural del jefe del rebaño le hace sospechar el peligro; pero aunque sea á 100 pasos de distancia, el cazador lanza sus bolas con mano certera, dirigiéndolas siempre al macho, y el pobre animal rueda en seguida por tierra. Entonces las hembras ¡pobres animales! acuden á participar de la suerte de su esposo y señor, y le rodean lanzando lastimeros gemidos. El cazador no tiene ya necesidad de disimular: hiere unas despues de otras á aquellas desconsoladas hembras, y ni una sola de las fieles compañeras del macho busca su salvacion en la fuga.

Meli-Antú, que alguna vez habia cazado vicuñas de aquella manera, apoyó estas noticias dadas por el doctor, afirmando que siempre que se conseguia matar al jefe del rebaño participaban las hembras voluntariamente de su suerte y se dejaban degollar sin oponer la menor resistencia.

—De modo,—exclamó Cármen,—que si esta mañana, en vez de disparar tus bolas á este pobre animal, las disparas contra el macho, ¿hubiéramos podido apoderarnos de todo el rebaño?

—Sí,—contestó el indio.

—¡Diablo!—exclamó el doctor;—¡es una lástima que no lo haya hecho! Las hubiéramos hecho llevar á Tandil ó al Cármen, que está en una latitud más alta, y tal vez, por medio de la reproduccion, habriamos conseguido, á la vuelta de un par de años, tener un buen número de estos animales con cuya lana comerciaríamos.

—Sin matarlos,—dijo Cármen.

—¿Para qué, si se los puede esquililar como á los carneros?

—Es una buena idea,—repuso Paco,—y no debeis echarla en saco roto: la lana de vicuña es uno de los mejores artículos de comercio, y con su venta se han formado en el Perú cuantiosos capitales.

—Ya lo sé; afortunadamente, aún no hemos salido de la cordillera, y es posible que encontremos en nuestro camino algun otro rebaño: si eso sucede, el amigo Meli-Antú sabrá apoderarse del macho, y las hembras se nos entregarán sin resistencia.

—Perfectamente,—dijo Aurora;—continuad ahora vuestra lección, amigo mio.

—Con mucho gusto,—repuso el sábio;—y puesto que os he hablado ya de la caza que se puede llamar individual, os diré algo de la colectiva, que se llama *chacu* y requiere gran número de cazadores. Generalmente toma parte en ella toda la poblacion de una aldea india, y la expedicion dura con frecuencia más de una semana. Los cazadores, que algunas veces pasan de ciento, se dirigen á los sitios habitados por los rebaños de vicuñas, provistos de cuerdas de inmensa longitud, una multitud de harapos de todas clases y colores y bastantes estacas de dos metros de altura. Al llegar al sitio que les parece favorable para sus proyectos, clavan en tierra las estacas, á cuatro ó cinco metros de distancia unas de otras y de modo que describan un círculo cuyo diámetro varía de un kilómetro á kilómetro y medio; de estaca á estaca tienden las cuerdas, á unos cinco piés del suelo, y de estas cuerdas

gan los harapos de todos colores, que el viento agita en distintos sentidos. El círculo formado por aquella barrera queda abierto en un espacio de doscientos metros próximamente; los cazadores ojean el terreno y hacen huir delante de ellos los rebaños de vicuñas, que dirigen hácia la entrada del círculo, cerrándola así que han entrado. Despues, haciendo uso de sus lazos, capturan en poco tiempo todas las vicuñas, bastante estúpidas para detenerse ante aquel cercado simulado que no intentan atravesar. Es, sin embargo, necesario tener gran cuidado de que con las vicuñas no entre en el recinto ningun guanaco, pues estos no hacen caso alguno de la cuerda y la rompen si es necesario. Cuando esto sucede, no solamente se escapa el guanaco, sino que, arrastradas por el ejemplo, le siguen las vicuñas, y los cazadores tienen que empezar sus operaciones de nuevo. Esta caza, llamada *chacu*, como ya os he dicho, está gravada con una contribucion, que es muy productiva, pues á veces se cogen 500 vicuñas en una sola cacería, y una vez descontado el importe del tributo, el resto se reparte entre los cazadores, que lo venden lo mejor que pueden. Estos son los dos métodos de caza usados comunmente en la de vicuñas: otros hay tambien; pero como se practican muy poco y solo por alguno que otro individuo, no me entretendré en hacerlos de ella una explicacion detallada.

Despues de esta leccioncilla de historia natural, los viajeros se entretuvieron en recorrer los alrededores, y durante su paseo tuvieron ocasion de ver algunas aves de rapiña peculiares de la cordillera, como *auras*, *urubus* y *catartos*, y tambien un magnífico *papa* ó *rey de los bui-*

tres (sarcoramphus papa), de blanco plumaje y cresta de color de fuego, cuya presencia en aquellos sitios extrañó mucho al doctor, pues habita generalmente en las tierras bajas cubiertas de bosques.

Paco le derribó de un tiro con gran regocijo del sábio, que le destinó á su coleccion zoológica y dijo á sus compañeros que aquel buitro está colocado con algunos otros bajo la proteccion de las leyes, que castigan con fuertes multas á los que los matan, porque limpian el país de las carroñas que encuentran.

La tarde pasó tranquilamente; el asado de llama y las chuletas de alpaca gustaron mucho á los viajeros; Carmen, que se habria hecho querer de un tigre, consiguió que la vicuña correspondiese á sus caricias, y á las diez de la noche nuestros amigos se entregaron al descanso, resolviendo continuar su marcha al amanecer del día siguiente, á fin de llegar en una sola jornada á los nevados de la cordillera.

CAPITULO X.

Las nieves perpétuas.

Poco despues de las cinco de la mañana del 1.º de Noviembre nuestros viajeros, más animosos que nunca, continuaron su interrumpida marcha á través de la cordillera.

Se bajó sin encontrar obstáculos la pendiente de la montaña en cuya cima habian pasado el dia anterior, y tres horas despues la caravana entró en un estrecho barranco, á cuyos lados se elevaban, casi cortadas á pico, dos altísimas moles de rocas. El suelo que pisaban ascendia sensiblemente, pronunciándose á cada momento más la inclinacion, y tras una hora de penosa subida, los viajeros se encontraron á la orilla de un terrible precipicio, en cuyo fondo rugia un espantoso torrente, por una de cuyas laderas se prolongaba el estrecho y peligroso sendero que debian seguir. Dirigiase al fondo del abismo, formando con la horizontal un ángulo de 35°, y por él se

OBRAS CONCLUIDAS
 Y LAS CUALES SE ADMITE SUSCRICION

... sus palabras. Aventuras de
 cascan Niter (casi cuatro tomos)
 loras y los habitantes de la N.
 guria. Las tales aventuras. A.
 ravilas y peligro de los bosques
 Virgenos, etc. etc. tres tomos
 en 4.
HISTORIA DE LA REVOLUCION
FRANCESA.—Desde 1789
 1814, escrita por Mr. Guizot y
 emprendida con notas y documen-
 tos interesantes de Mr. Guizot y
 otros historiadores. dos tomos
 en 4.
ESTORIA DE LA ISLURRO-
CLON Y GUERRA DE LA ISL.
DE GIBRA.—Escrita por D. B.
 Llobria y Sagrera, tomos en
 cion con multitud de retratos,
 escenas, vistas, batallas, etc.
 cinco tomos en folio.
ESPECIFICACION FEDERAL EN
 1813.—Sus causas y sus conse-
 cuencias, sus intereses politicos
 y sociales, sus hombres, sus dia-
 mas y sus honores con todos los
 detalles. Narracion imparcial de
 esta parte todos los partidos por
 D. R. Ortega y Frias y A. B. de
 Lin y Sarrate. dos tomos en 4.
MEMORIAS DE UN MEMICO.—
 Novela historica por Mr. A. Lhu-
 mas: dos tomos en 4.
EL GOBIERNO DE LA NEXA.—
 segunda parte de Memorias de
 un Memico por Mr. A. Lhu-
 mas. los tomos en 4.
AVEL PITON.—Tercera parte
 de Memorias de un Memico por
 Mr. A. Lhu- mas. los tomos en 4.
LA GONDEZ DE CHAZZ.—
 Cuarta y ultima parte de Memo-
 rias de un Memico por Mr. A.
 Lhu- mas. los tomos en 4.

EL CONDE OLIVER DE OLIV.
 1813.—Memorias del tiempo de
 Felipe IV. Novela historica por
 D. Manuel Fernandez y Gonzalez.
 un tomo en 4.
LAS GENTES DE BUENA FE.
 —Memorias de cuatro siglos.
 Novela de costumbres por D.
 Manuel Fernandez y Gonzalez.
 dos tomos en 4.
EL PASTOR DE MADRID.
 —Novela historica por D. Ma-
 nuel Fernandez y Gonzalez. dos
 tomos en 4.
LIBEL.—Historia de un po-
 bre mujer. Novela de costum-
 bres por D. Manuel Fernandez y
 Gonzalez. dos tomos en 4.
DOÑA SANGRA DE NAVARRA.
 —Novela historica por D. Ma-
 nuel Fernandez y Gonzalez. un
 tomo en 4.
LOS MISTERIOS DE PARIS.—
 Por Mr. Eugene Su y dos tomos
 en 4.
MANCHAS DE BOHOZA.—
 Novela historica por D. Man-
 uel Fernandez y Gonzalez. dos
 tomos en 4.
LA TORRE DE LOS CRISTOS.
 —Novela historica por D. Ma-
 nuel Fernandez y Gonzalez. un
 tomo en 4.
LAS ROS KELY.—Novela his-
 torica por D. Ramon Ortega y
 Frias. los tomos en 4.
LOS DOS DE MAYO O LOS ELA.
 —Novela historica por D. Ma-
 nuel Fernandez y Gonzalez. un
 tomo en 4.
LA ROSETA DE MADRID.—No-
 vela de costumbres por D. Ma-
 nuel Fernandez y Gonzalez. un
 tomo en 4.
EL YUD DESOBER.—
 Examen del Yudaismo segun
 sus montes, sus costumbres y

OBRAS CONCLUIDAS

ILUSTRADAS CON LÁMINAS

A LAS CUALES SE ADMITE SUSCRICION.

- EL CONDE DUQUE DE OLIVARES.—(Memorias del tiempo de Felipe IV.) Novela histórica por D. Manuel Fernandez y Gonzalez: un tomo en 4.º
- LAS GENTES DE BUENA FÉ.—(Memorias de cuatro pillos) Novela de costumbres por D. Manuel Fernandez y Gonzalez: dos tomos en 4.º
- EL PASTELERO DE MADRIGAL.—Novela histórica por D. Manuel Fernandez y Gonzalez: dos tomos en 4.º
- GABRIELA.—(Historia de una pobre mujer.) Novela de costumbres por D. Manuel Fernandez y Gonzalez: dos tomos en 4.º
- DOÑA SANCHIA DE NAVARRA.—Novela histórica por D. Manuel Fernandez y Gonzalez: un tomo en 4.º
- LOS MISTERIOS DE PARÍS.—Por Mr. Eugenio Sue: dos tomos en 4.º
- MARGARITA DE BORGOÑA.—Novela histórica por D. Ramon R. Luna: dos tomos en 4.º
- LA TORRE DE LOS CRÍMENES.—Novela histórica por D. Ramon R. Luna: dos tomos en 4.º
- LAS DOS REINAS.—Novela histórica por D. Ramon Ortega y Frias: dos tomos en 4.º
- EL DOS DE MAYO Ó LOS FRANCESES EN MADRID.—Novela histórica por D. M. Vazquez Taboada: un tomo en 4.º
- LA MODISTA DE MADRID.—Novela de costumbres por D. Ramon R. Luna: dos tomos en 4.º
- EL MUNDO DESCONOCIDO.—Exploracion del Africa central, sus montañas, sus cavernas y sus habitantes. Aventuras del capitán Mister Greed entre las fieras y los habitantes de la Nigeria. Las islas sagradas. Maravillas y peligro de los bosques Virgenes, etc., etc. tres tomos en 4.º
- HISTORIA DE LA REVOLUCION FRANCESA.—Desde 1779 á 1814, escrita por Mr. Mignet y enriquecida con notas y documentos interesantes de Mr. Thiers y otros historiadores: dos tomos en 4.º
- HISTORIA DE LA INSURRECCION Y GUERRA DE LA ISLA DE CUBA.—Escrita por D. E. Llofrú y Sagrera, lujosa edicion con multitud de retratos, escenas, vistas, batallas etc. cuatro tomos en folio.
- INSURRECCION FEDERAL EN 1873.—Sus causas y sus consecuencias, sus misterios políticos y sociales, sus hombres, sus dramas y sus horrores con todos los detalles. Narracion imparcial escrita para todos los partidos, por D. R. Ortega y Frias y D. E. Llofrú y Sagrera: dos tomos en 4.º
- MEMORIAS DE UN MÉDICO.—Novela histórica por Mr. A. Dumas: dos tomos en 4.º
- EL COLLAR DE LA REINA.—Segunda parte de Memorias de un Médico por Mr. A. Dumas: dos tomos en 4.º
- ANGEL PITOÜ.—Tercera parte de Memorias de un Médico por Mr. A. Dumas: dos tomos en 4.º
- LA CONDESA DE CHARNY.—Cuarta y última parte de Memorias de un Médico por Mr. A. Dumas: dos tomos en 4.º